



**Taller de crítica literaria
coordinado por Francisco Prieto**

José Emilio Pacheco; *Las batallas en el desierto*;
Ediciones Era, México, 1981.

por Francisco Márquez

¿Las batallas en el desierto?, ¿de qué batallas me hablan?, ¿de las del medio oriente?, ¿las de Sud Africa?, ¿cuáles, dónde? . . . Esas son sin duda, algunas de las preguntas que se antoja preguntar inmediatamente a José Emilio Pacheco después de leer el título del nuevo libro que acaba de publicar: “Las Batallas en el Desierto”. Sin embargo, desde que uno empieza la lectura de la obra, se da cuenta de que ahí no se relatarán los horrores de las batallas bélicas sino que se describirán otro tipo de luchas. La acción se desarrolla durante el período de transición que se inició en los albores de la Segunda Guerra Mundial y que se prolonga hasta nuestros días.

José Emilio Pacheco, en efecto, nos lleva de la mano a dar un paseo por parajes que parecen ser autobiográficos, pero que en realidad podrían ser fragmentos de las vidas de cada uno de nosotros, incluyendo, quizás la de usted mismo, amigo lector. Pero, se preguntará, ¿qué tenemos que ver Pacheco, usted y yo con las batallas en el desierto?, y yo le respondería que mucho. Particularmente si vivió su infancia o su juventud en la Ciudad de México.

En las páginas de este testimonio descubrimos recursos olvidados de cuando México, al igual que tantos otros países empezaba a vislumbrar la fisonomía de la nueva era industrial. La de las telecomunicaciones, la propaganda, el consumismo, el neocolonialismo. Aquellos días en que nuestras costumbres empezaron a perder su encanto y eran reemplazadas por los nue-

vos hábitos que los países industrializados reconocían como civilizados y cosmopolitas. Es “Carlitos”, el personaje central de la novela, quien nos hace vivir otra vez las experiencias empolvadas que tenemos de aquellos momentos en que se empezaron a introducir masivamente los aparatos eléctricos, los refrescos embotellados, los detergentes, los automóviles de la postguerra. Comenzaron a entrar tantos productos nuevos al país que aún hoy no acaban de desfilarse ante nuestros ojos. Tantos usos nuevos, tantas modalidades nuevas que aprender en el comer, en el vestir, en las relaciones familiares, en las laborales, en las sociales. Tantas cosas nuevas llegaron entonces que ésta es la hora en que no acabamos de adoptar todavía muchas de las que arribaron primero. Junto con todas esas novedades llegaron también movimientos culturales desconocidos, y tan violentos que terminaron por desquiciar los cimientos de la moral de la juventud de aquella época, a un grado tan extremo que los adultos, espantados, no cesaban de repetir que los jóvenes estaban perdidos para siempre. —Bueno, ¿pero qué tiene que ver todo eso con las “batallas en el desierto”?, me volverá usted a preguntar y yo le volveré a contestar que mucho. Porque se trata de las batallas que jugábamos en los parques arenosos, o en los patios de las escuelas, escuelas católicas principalmente. Porque eran las batallas donde revivíamos ferozmente la pugna bíblica entre los judíos y los cristianos. En donde naturalmente, los judíos eran los villanos que habían crucificado a Jesucristo, mientras que los cristianos eran por supuesto, las únicas almas puras en el mundo que podían alcanzar la salvación eterna. Claro está que esas batallas las llevábamos a cabo con tal fervor en las escuelas religiosas porque fue en 1948, como usted recordará, cuando se proclamó el nuevo Estado de Israel, y además, porque en esas fechas los niños de la ciudad de México no sabíamos todavía que Jesús de Nazaret era asimismo judío.

Con su ternura infantil, Carlitos nos relata las peripecias de su primer gran amor. Amor simbólico y apasionado que profesaba por la mujer más sublime de la creación: Mariana, la mamá de su mejor amigo. Idilio que nos recuerda el que existió entre Damian y Elena, en la famosa novela de Herman Hesse.

Esta obra que empieza como cualquiera de las batallas en el desierto, es decir, sin saber exactamente cómo, ni en qué momento, tiene una dinámica literaria vertiginosa y deliciosa que, en la medida que se acerca al final, acrecienta en nosotros los deseos de que no termine, de que continúe, de que Carlitos nos siga contando sus relatos con la misma familiaridad con que los hemos aceptado; así, como si estuviésemos viendo una película antigua de nuestras vidas; así, como si nos estuvieran leyendo un cuento como cuando éramos pequeños.

